

CAPÍTULO I

Un hombre nuevo: los valores de una revolución educativa

No siempre es fácil encontrar el origen de los fenómenos sociales. *Beatus ille qui potest rerum cognoscere causas*, aunque gracias a la LOGSE cada vez sean menos los españoles dotados de los instrumentos para entender este concepto. Es muy complicado adentrarse en las causas remotas de la LOGSE, de su promulgación, de su redacción y de su contenido, y tal vez sea mejor reservar ese análisis para ofrecerlo junto a las soluciones que sin duda todos los problemas han de tener. En cambio, en los orígenes de la LOGSE, a título de causas próximas de su existencia y de sus características, hay unas personas concretas. Conocer a los «padres» de la ley es, también, entender por qué ésta es así.

La LOGSE tiene, reconocidamente, un padre intelectual, que es don Álvaro Marchesi Ullastres. No tiene el perfil humano y profesional de un revolucionario clásico, pues se trata de un muy respetable catedrático de

psicología de la educación en la Universidad Complutense, que fue Director General y Secretario de Estado de Educación en los últimos gobiernos de Felipe González y que sigue siendo consultor de la OCDE y de la UNESCO. Pero es el creador de la LOGSE, el diseñador del actual sistema de enseñanza preuniversitaria y, sobre todo, el introductor en él de los principios y valores que lo han convertido en un instrumento de revolución social y cultural. Marchesi es un hombre de izquierdas, extremadamente moderado en las formas, pero extremadamente radical en las ideas.

Érase una vez un teórico de la educación llamado Álvaro Marchesi. Y érase que se era un país destinado a una nueva reforma educativa. Pero no se trata de una cuestión histórica, relativa a la LOGSE impuesta por el PSOE a comienzos de la década de 1990 sobre los principios de Marchesi. Se trata de la España de 2006, a la que algunos —empezando por la ministra San Segundo— desean ver de nuevo sometida a los mismos dogmas.

¿Pero cuál es ese espíritu, y cuáles son sus consecuencias? Es lógico preguntárselo, porque la actual y frágil mayoría parlamentaria ha reformado la educación en ese sentido. Es sencillo de decir, aunque complicado de ver en el aula. La LOGSE partía de la idea de que la obligatoriedad de la enseñanza hasta los dieciséis años (algo evidentemente bueno) equivalía a la comprensividad (que todos los alumnos debían estudiar los mismos contenidos en las mismas aulas hasta esa edad: algo evidentemente imposible y, de ser posible, malo).

Consecuencias lógicas de semejante filosofía fueron un sistema de evaluación laxo, en el que se restaba toda importancia a los objetivos alcanzados; un sistema de promoción en el que los alumnos pasaban de curso por su edad, no por su esfuerzo, y obtenían un título por la misma razón. Un sistema educativo que penalizaba el esfuerzo, que anulaba la disciplina y que no preparaba a los jóvenes ni para el llamado «mercado laboral» ni para los niveles superiores de la enseñanza y de la cultura.

Un sistema educativo que penaliza el esfuerzo, que anula la disciplina y que no prepara a los jóvenes.

Entre nosotros viven esos jóvenes a los que, si en su centro se cumplió la LOGSE, todo les resultó artificialmente fácil, pero que en contacto con la vida real están encontrando problemas insalvables y están creándose al país. La gran cuestión es si San Segundo es consciente de su papel como Ministra de Educación de España —y por tanto de su obligación de proporcionar un sistema educativo que dé iguales oportunidades a todos y construya un futuro mejor— o se va a limitar a ser portavoz de unos criterios ideológicos trasnochados. Realmente, en un plano teórico, tanto San Segundo como Marchesi quedaron definitivamente rebatidos por Pilar del Castillo en su frustrada Ley de Calidad:

[...] los valores del esfuerzo y de la exigencia personal constituyen condiciones básicas para la mejora de la calidad del sistema educativo, valores cuyos perfiles se han ido desdibujando a la vez que se debilitan los

conceptos de deber, de la disciplina y del respeto al profesor.

Estos principios —después no desarrollados— fueron en su momento y podrán ser en el futuro la base de cualquier respuesta valiente —más valiente, por favor— a la resucitada LOGSE.

Marchesi basó la LOGSE en tres ideas revolucionarias y no las ocultó en absoluto: la enseñanza como camino hacia la *igualdad* total, forzosa y necesaria, asumida como dogma; la enseñanza como potestad del *Estado* antes que de la familia, y la enseñanza como instrumento de «modernidad», de «*progreso*», es decir, de revolución social y cultural. Y en esta revolución no ha habido aún otros muertos que la libertad y la dignidad de muchos jóvenes españoles, sometidos a la dictadura de una secta fanática capaz de seguir diciendo en 2005 que la LOGSE ha elevado el nivel educativo y cultural de España, y que la ingeniería social igualitaria cabe dentro de un régimen realmente democrático.

Pero Álvaro Marchesi no es un político profesional, y su responsabilidad es más técnica que política. La LOGSE, además de su indudable fundamento filosófico y pedagógico —en suma: ideológico— en Marchesi, tiene su mentor político en don Alfredo Pérez Rubalcaba, el ministro del PSOE que apadrinó y aplicó la ley. Rubalcaba, antes de ser el alma negra de Rodríguez Zapatero, fue profesor de química orgánica en la Complutense, y estuvo en todos los niveles del Ministerio de Educación

entre 1982 y 1996. En él se une el progresismo doctrinal y fanático de Marchesi con el progresismo nivelador y corrupto de su propio partido.

Rubalcaba ha sabido explotar, en términos políticos y a corto plazo, los grandes diseños programáticos de Marchesi y asociados. Sus ministros, cuando el PSOE tuvo otros distintos de él, es decir, don José María Maravall y don Javier Solana Madariaga, no se apartaron de la ortodoxia gramsciana, de origen marxista, que Rubalcaba y Marchesi encarnaban. Los principios de la LOGSE fueron anunciados por Maravall en la LODE, y fueron aplicados preventivamente a la universidad española en la LRU, que comenzó con la destrucción de la excelencia y el sometimiento de las cátedras a la izquierda. La LOGSE antes de la LOGSE, como brevemente diremos después.

Marchesi basó la LOGSE en ideas revolucionarias y no las ocultó en absoluto: igualitarismo, estatalismo, progresismo.

Igualitarismo contra la realidad

No se trata de un problema de partido. La LOGSE es un símbolo de una manipulación ideológica de la sociedad. En los albores de la democracia actual todo fue planificado así por la izquierda, fiel a sus metas constantes. Más abajo veremos cómo «el libro rojo del cole» anunciaba sin pudor lo que hoy está sucediendo. Y en definitiva, aunque pueda herir pías sensibilidades, recordaremos como la derecha pacata, avergonzada de existir

en el mundo de la enseñanza y de la cultura, tiene su parte de culpa. La LOGSE nació, en cierto sentido, en el franquismo, y no falta responsabilidad a la LGE del por otra parte eximio Villar Palasí, y ni siquiera al sólo aparentemente remoto Joaquín Ruiz Jiménez.

En septiembre de 2005 se celebró en Navarra un congreso titulado «Fuentes orales y visuales: investigación histórica y renovación pedagógica». Se trataba, entre otras cosas, de llevar la llamada «historia oral», una técnica, una fuente o si se quiere una teoría aplicable a la historia reciente, a la enseñanza secundaria. Y la cosa, que puede parecer una anécdota, es un síntoma de algo más que sucede en las entrañas del sistema docente español.

Ya las sucesivas reformas universitarias han impuesto el dogma de que la universidad es esencialmente investigadora. Cosa esencialmente falsa que hipócritamente fingimos creer, cuando es bien sabido que el nivel de investigación, en los departamentos que realmente investigan, es muy variable. La universidad, de la Edad Media a esta parte, es siempre docente y discente —una comunidad de maestros y discípulos, desde el siglo XI—. Cada época, además, ha colocado a esa comunidad y corporación distintos apellidos —religiosos, nobiliarios, burocráticos— según las modas y las necesidades. En nuestro contexto la universidad ha subrayado su imagen investigadora, pero el tiempo irá poniendo, ya está poniendo, las cosas en su sitio.

Ahora bien, lo que en la universidad no debería... universalizarse, en los niveles básicos y medios del siste-

ma educativo es ridículo, si no peligroso. Aplicar una técnica de investigación, y no de las más consolidadas precisamente, a la docencia en la enseñanza secundaria es algo que sólo puede suceder en casos excepcionales o, si se eleva a método, bajo el imperio de la LOGSE. Entendámonos: la historia oral es una metodología interesante, aunque no novedosa ni carente de riesgos, tanto de fiabilidad como de manipulación ideológica, según en qué manos caiga. Evitemos ejemplos polémicos o sangrantes. Digamos, simplemente, que es cosa de investigadores, y admitamos que para investigar habrá que tener unos conocimientos previos, una formación no sólo metodológica, una madurez, una capacidad investigadora. ¿O no?

La derecha pacata, avergonzada de existir en el mundo de la enseñanza y de la cultura, tiene su parte de culpa.

Parece que no, para el grupo de «Gogoan» y su idea de reconstruir la vida cotidiana durante el franquismo dentro del currículo de los institutos. Es un problema ideológico; y no precisamente, como se insinúa en algunos foros, un problema de este grupo concreto, de separatismo vasco más o menos radical o de izquierdismo más o menos marxista. Es un problema ideológico, ligado a una filosofía materialista, mucho más amplio que el caso navarro. El problema se llama constructivismo.

En palabras de unos de los protagonistas de nuestro ejemplo, existe «la posibilidad de que los alumnos construyan la historia», y «más que formar en unos contenidos hace falta formar en unos métodos». Así que la his-

toria, desde un punto de vista constructivista, no se enseña, no hay hechos que recordar ni fenómenos que explicar, no hay personajes que describir, pues se puede y debe dejar al alumno que conozca la realidad del pasado a través de su experiencia. Hemos convertido a nuestros adolescentes en investigadores, por decreto; y con esto no planteamos ninguna novedad heterodoxa sino que, por el contrario, proclamamos como única verdad la ortodoxia de la LOGSE: que *a aprender se aprende aprendiendo*.

LOGSE artículo uno, objetivos del sistema de enseñanza: «la adquisición de hábitos intelectuales y técnicas de trabajo, así como de conocimientos científicos, técnicos, humanísticos, históricos y estéticos». El orden no es casual sino jerárquico, las técnicas y métodos importan más que los conocimientos, hasta el punto de suplantarlos, en la suposición teórica de que el alumno, con esas técnicas, alcanzará por sí mismo los conocimientos. La LOCE del PP y, por supuesto, la LOE del PSOE, mantienen en pie este punto esencial y revolucionario de 1990.

El modelo constructivista de enseñanza-aprendizaje desprecia la transmisión del saber. Se pretende, en cambio, que los alumnos construyan sus conocimientos. Detrás de esto hay un dogma antropológico (la capacidad igual e innata en todos los alumnos de adquirir esas técnicas y habilidades, y por consiguiente de llegar al conocimiento ¡tras haber determinado, además, qué conocimiento es interesante y cuál no!). El modelo aplica-

do a la física o a las matemáticas ha mostrado universalmente su ridículo; pero en las llamadas ciencias sociales (¿alguna ciencia no es social?) el modelo persiste con virulencia no sólo en la letra de la ley sino también en la realidad de las aulas. Tal vez se deba a un profesorado más ideologizado en esta línea antropológica y a una menor alarma social por la ignorancia resultante.

Los sacerdotes constructivistas de la religión materialista e igualitaria llaman a los descreídos «academicistas», y el «academicismo» es muy mal visto en ambientes pedagógicos oficiales. A veces se remacha el

La LOGSE nació, en cierto sentido, en el franquismo.

ataúd de los disidentes con la etiqueta de «escolástico» —lo he oído de un alto cargo del ramo, no precisamente de izquierdas ni particularmente ilustrado en filosofía medieval, pero ciertamente deseoso de adecuarse a los tiempos—. La sensación de «pérdida de contenidos» o de «niveles» es vista con aires de superioridad, y comentarios habituales de los padres más sensatos, como José María Aznar en su momento al hablar de «estudiantes que no pueden escribir unas líneas sin faltas de ortografía», son vistos como una antigualla.

Sin embargo, lo que es antiguo, tan antiguo como el analfabetismo, es la ideología constructivista. La sueca Inger Enkvist, profesora de la Universidad de Lund, ya explicó que no es una teoría científica probada, sino un dogma que sus creyentes desean imponer sin discusión. Ninguna de sus premisas se ha demostrado; ninguno de sus resultados ha demostrado ser bueno. Sin embargo,

los dictadores del pensamiento único en la comunidad docente señalan a los herejes.

Los hechos son tozudos: el alumno no puede aprender solo, los conceptos no flotan en el aire, ni el niño los lleva dentro de sí, ni un libre desarrollo de la personalidad consiste precisamente en no marcar las pautas y objetivos del proceso de aprendizaje. Un niño normal no puede hallar por sí mismo los resultados de milenios de vida de los españoles en comunidad, no va a descubrir las leyes de la física y no va a investigar nuestro pasado desde Atapuerca a esta parte; probablemente, si no se le señala el camino ni se le marca el ritmo, tampoco quiera. La cultura se transmite de quien la posee a quien no la posee, y si se rompe esa frágil cadena el resultado será una revolución cultural.

Una ideología revolucionaria sostenida con fervor religioso y carente de base real: he ahí el constructivismo. Como toda revolución, trata de crear un hombre nuevo —de esto hablaremos más adelante—. Abiertamente, el hombre nacido de la LOGSE será más libre, más igual, más espontáneo, más *rousseauuniano*; en la práctica, como casi todo lo que pasa por el buen Jean-Jacques, será menos libre, más ignorante, más desigual y tendrá menos conocimientos, más torpes procedimientos y peores actitudes que quienes fueron educados antes del advenimiento místico del espíritu de la LOGSE —una década antes de la aplicación de la ley, aproximadamente.

El sistema de enseñanza puede no funcionar; hay buenos ejemplos de cosas que no funcionan. El sistema

LOGSE, gracias su peculiar antropología, tiene el dudoso mérito de dejar las cosas peor de lo que estaban. La LOGSE dio forma jurídica a una predicación constructivista que ya afectó de lleno a las últimas generaciones de la LGE. La Ley de Calidad de la Enseñanza fue una falsa solución, porque a pesar de enmendar algunos errores evidentes aceptó la misma antropología, no rechazó la exigencia igualitaria ni la presunción de que los niños son «buenos salvajes». La LOE va a consolidar tan dudosos logros, entregando a una mayoría de los españoles a la ignorancia titulada: presas fáciles y desarmadas para los mismos tiburones ideológicos que «creen» en la LOGSE (beneficiarios políticos) y para un mercado global al que se enfrentarán sin cultura (beneficiarios económicos). Una minoría, por su privilegiada posición social o por excepcionales cualidades individuales y familiares, sobrevivirá sin mayores daños. Queda por pensar qué haremos después; probablemente lo más urgente sea tomar conciencia de la jerarquía de valores que se ha impuesto a las últimas generaciones. Veamos...

*El modelo constructivista de enseñanza-aprendizaje despre-
cia la transmisión del saber.*

En 2005 se celebró el cuarenta aniversario de la única visita oficial de los Beatles a España. Los entonces semidivinos y hoy plenamente divos John Lennon, Ringo Starr, Paul McCartney y George Harrison estuvieron en Madrid y Barcelona el 2 y 3 de julio de 1965. Y la dictadura sonrió complacida, mientras anidaban entre nosotros los que hoy son los valores de la LOGSE y de la LOE.

Imagine there's no heaven. Ya saben ustedes, ni cielo, ni infierno, ni más día que el de hoy, ni nada o nadie por encima de nosotros. Un seguidor fiel de los chicos de Liverpool no cree que haya más mundo que éste, ni más

Los hechos son tozudos: el alumno no puede aprender solo. realidad que la material. Así que toda creencia que vaya más allá será considerada con hostilidad

o, peor aún, con una distante superioridad. Serán sólo «sistemas de privilegio, cerrados, elitistas y propagadores de ortodoxias excluyentes».

Imagine there's no countries. Ni patria, ni religión, ni causas por las que morir, ni nada más que paz. Paz, por supuesto, entendida como «a mí que me dejen en paz», no como obra esforzada de la justicia, ni nada parecido. Buenos deseos impuestos, pese la realidad del individuo y de la historia. Pese a quien pese, «una sociedad axiológicamente plural, la libertad, la tolerancia y la solidaridad».

Imagine no possessions. En fin, es sencillo: el comunismo mundial como ideal de la generación opulenta, burguesa y satisfecha. El trabajo y el esfuerzo dejan de ser valores, pero no se renuncia a la riqueza acumulada y heredada. Eso sí, se desea conservarla y tener a la vez una buena conciencia progresista.

You may say I'm a dreamer. ¿Lennon, un soñador? Tal vez, pero no de algo remoto o imposible, sino precisamente ideólogo de algo que iba a encontrar seguidores (con múltiples formas) en todas las generaciones sucesivas, y que en ésta, precisamente, se ha impuesto como dogma educativo.

I can't condemn people if they get into ... drugs. Ya en vida del grupo y de todos sus filósofos se vieron confirmadas sus predicciones. El estilo vital de los Beatles, obviamente desconectado de la tradición europea anterior, no se limitó a triunfar en una generación de jóvenes. Por un lado, impregnó de sus valores —y cada vez más radicalmente— a todas las sucesivas generaciones, con apariencias muy diferentes

pero con un discurso invariable y monocorde (variado y libre sólo dentro de límites rígidos). Por otro lado, cuando la generación que creció a la sombra de

Ni patria, ni religión, ni causas por las que morir, ni nada más que paz, «a mí que me dejen en paz».

Lennon tuvo edad de tener hijos y de dirigir la política de enseñanza y cultura de los países lo hizo imponiendo esos mismos principios.

Lo primero puede sorprender. Y tomemos el ejemplo más sorprendente. Las orillas del Mersey contemplaron cómo, antes de acabar la década de 1960, surgía otro movimiento cultural y musical —uno más de la serie— que reiteraba los valores de los Beatles aunque con un aspecto y algunas anécdotas ligeramente diferentes. Con ritmos en su origen jamaicanos otra tribu urbana tuvo sus propias drogas, experimentó otra manera de vivir el mismo nihilismo hedonista e individualista. Primero con sonido Ska y luego Oi —África en todo caso—, con palabras muy diferentes y ropa muy distinta, pero con la misma negación de la tradición europea y las mismas afirmaciones esenciales, el movimiento *skinhead*—y luego

también *mods*, *rockers*, *greasers*, *hippies*, *punks* y una eterna sucesión de superficialidades sólo aparentemente diferentes— dio continuidad a la ofensiva anti comunitaria y anti espiritual. Los *skins*, sean cuales sean sus excusas políticas, encarnan un principio anti europeo. ¿Drogas? Por supuesto, pero antes algo peor: el núcleo ético de la LOGSE.

Lo segundo, en cambio, no sorprende ya. Lógicamente, los jovencitos melenudos que se sintieron hace treinta y cuarenta años el centro del mundo, que pusieron la felicidad en el centro de sus aspiraciones y el placer individual de base material en el centro de su felicidad, sin ninguna concesión comunitaria ni trascendente, han exacerbado esos principios al transmitirlos a sus hijos y educandos, y al gobernar. La LOGSE, como ley, es de época de Felipe González, pero nació en pleno franquismo. Con una u otra banda sonora, «en estas dos décadas [...] la educación española ha conocido un notable impulso, ha dejado definitivamente atrás las carencias lacerantes del pasado». Ahora pónganle música, o eso, pero no se quejen si la embriaguez ideológica les hace caer al ruedo.

Progresismo contra realidad

Por éste y otros caminos, España se ha convertido, en más de un sentido, en campo experimental de las propuestas de la izquierda radical. Lo ha señalado oportunamente Isabella Rauti en lo que se refiere a la política

«sexual» de José Luis Rodríguez Zapatero, pero el mismo razonamiento vale para la educación. Por circunstancias conocidas, España es hoy gobernada por una coalición de izquierda y de extrema izquierda, de tal manera que los sectarios de la LOGSE

no sólo tienen el poder cultural en sus manos, sino que además tienen el poder político sobre el sistema de enseñanza. No hay

España se ha convertido en campo experimental de las propuestas de la izquierda radical.

precedentes, porque ni siquiera en la primera legislatura del PSOE los gestores del sistema fueron tan extremistas como hoy.

En su momento la LOGSE fue un gigantesco experimento de ingeniería social, de manipulación ideológica de la sociedad a partir del control de la educación. Ahora bien, la izquierda no engañó a nadie, porque advirtió expresamente de sus metas e instrumentos desde que empezó la transición. Desde «el libro rojo del cole» de la transición la izquierda definió su objetivo: un hombre nuevo, forjado a su imagen y semejanza a partir del control monolítico de la escuela pública, de la domesticación o supresión de la escuela privada y de la imposición de sus dogmas pedagógicos.

Menos conocido es que el libro publicado por la editorial «Nuestra Cultura» en 1979, impulsado por Alfonso Guerra, distribuido por Cristina Almeida, tibiamente censurado por la UCD, fue también repartido por el diario batasuno Egin, que sufrió un secuestro por esta causa en abril de 1980. Así que, digan lo que digan los

chicos de Zapatero, toda la izquierda, de ETA al PSOE, tiene una antropología común y defiende un mismo modelo pedagógico.

Decía el «libro rojo», y repetían con los hechos los autores de la LOGSE, que «la estructura y funcionamiento del sistema escolar vienen establecidos desde afuera y se corresponden» con el tipo de sociedad que les rodea. Para un católico, por ejemplo, esta afirmación llevaría a definir una enseñanza según la libre voluntad social; para un marxista lo lógico es emplear la enseñanza para manipular a largo plazo esa voluntad. Lo anunciaron, y lo han conseguido.

«El sistema educativo tiene dos fines: amaestrar a los jóvenes para que aprendan a pensar, juzgar, sentir según una determinada escala de valores. Prepararlos para que de mayores puedan ser obreros, técnicos, profesionales, etcétera. Los dos pilares: intereses económicos e intereses ideológicos.» Los autores del «libro rojo», y de la LOGSE, criticaron así el sistema que heredaron; pero procedieron a definir de nuevo el sistema según su escala de valores, para hacer mayoritaria una «normalidad» que fue definida por una minoría revolucionaria.

Un cambio radical de sociedad: objetivo de la LOGSE anunciado en el «libro rojo» y compartido por la izquierda. Objetivo cumplido, además. «Para cambiar y transformar el mundo hay que actuar.» ¿Alguien preguntó a los padres españoles si querían cambiar el mundo en la dirección de la LOGSE? No lo preguntó el PSOE en 1985, ni en 1990. No lo ha preguntado en 2005, por-